

esos animalejos llamados *infusorios*, millares de los cuales abundan en una gotilla de vinagre; animalejos que, mirados con un microscopio que aumente millares de veces los objetos, no os parecerán mayores que un punto apenas perceptible y que por consiguiente debéis conjeturar millares de veces menores que un punto. Pues bien, habeis de saber que cada uno de esos seres, cuyo pequenez no puede figurarse la imaginacion mas intrépida, posee una organizacion perfecta; cada uno de ellos tiene ojos, orejas, pies, alas, un corazon que pone en circulacion la sangre; órganos de respiracion para vivir, de manducacion y digestion para alimentarse, de digestion para reproducirse: en una palabra, todas las partes destinadas á cumplir las funciones de la vida animal. Calculad lo pequenísimo que debe ser cada una de estas partes que concurren á formar el organismo de bichos tan diminutos, y decidme si os lo permite el pasmo que vuestras potencias embarga, si entes tan reducidos no os anuncian, aun mas que los seres infinitamente grandes, un poder, una sabiduría, una razon, una bondad infinitas; y si estos prodigios de perfeccion, estoy por decir infinita, en una pequenez tambien infinita, han podido llegar á realizarse por la sola energia de la materia, por las concreciones azarasas de los átomos.

Nada hay pues mas absurdo que el sistema que atribuye á la energia de la materia y movimientos de los átomos, la formacion de todos los seres. Verdad es este que palpablemente resulta de lo expuesto. Veamos ahora que no es menos absurdo el mismo sistema al colocar en la materia y en los mismos átomos, el origen y causa del movimiento. Tal será el objeto de mi segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

11. El movimiento cuya definicion admitida es: el CAMBIO DE LUGAR, *Mutatio loci*: el movimiento, ese fenómeno de la naturaleza tan incomprensible como incontestable; el movimiento que hallamos en nosotros mismos y fuera de nosotros

mismos en la gran máquina del universo, esparciéndose, comunicándose y mezclándose por do quier; el movimiento es, como lo llamaban los antiguos, el *ministro universal*, que mantiene en todos los seres la existencia, la operacion y la vida; en términos que, si, por algunos instantes llegase á cesar en el mundo, resultaria la inmovilidad, la petrificacion, las tinieblas, la muerte de todos los seres; en una palabra el caos y la ruina del mundo.

Ahora bien, segun la filosofia del atomismo, por el movimiento engancháronse entre sí los átomos, acabaron por formar los cuerpos celestes, y despues todos los seres que subsisten en la tierra.

Siendo el objeto de la filosofia el conocimiento de las causas; *Et rerum cognoscere causas*; los mismos filósofos atomistas no pudieron menos de preguntarse: *¿A qué debe atribuirse la causa de este MOVIMIENTO de los átomos que operó tantos prodigios?*

Fuera del dogma católico que admite que EL VERDADERO Y UNICO PRIMER MOTOR DE LA MATERIA ES EL MISMO DIOS QUE LA CRIÓ, no hay mas que dos hipótesis imaginables para explicar el movimiento; ó 1º que los átomos se mueven desde toda eternidad; ó 2º que el movimiento es una de las propiedades esenciales de la materia. Ambas estas hipótesis han sido soñadas y sostenidas por la razon filosófica; y en ella ha creído hallar esta misma razon la causa de todo movimiento, prescindiendo de toda accion divina.

Spinoza, renovando en estos últimos tiempos, la doctrina de Leucipo, Demócrito y Lucrecio, dice: « Todo cuerpo es movido por otro cuerpo, este por otro, y así al infinito (1). » Así, segun Spinoza, una serie de átomos fue puesta en movimiento por otra serie de átomos; esta por una tercera, la cual lo fue por una cuarta; y así sucesivamente desde toda eternidad.

Pero esta transmision perpetua del movimiento de los átomos á otros átomos, no pasa de un miserable sofisma. ¿Porqué requiere todo cuerpo, todo átomo, el ser solicitado al movimiento por otro cuerpo, por otro átomo? Porque es inerte.

(1) « Corpus motum vel quiescens, ad motum determinari debuit ab alio corpore, quod etiam ad motum vel ad quietem determinatum fuit ab alio, et istud iterum ab alio; et sic in infinitum. » (Ermic., par. II, propos. 15.)

Y este cuerpo, este átomo que á otro movió, ¿porqué le fue tambien preciso ser movido por otro cuerpo, otro átomo? Porque tambien era inerte. Y continuando esta análisis, resulta una serie infinita de cuerpos ó átomos inertes, á los cuales fue forzoso el ser movidos por otros cuerpos ú otros átomos no menos inertes; y consiguientemente sometidos á la misma necesidad. A menos de llegar á un ser no inerte en sí mismo, que hubiera tenido la virtud de poner en movimiento los primeros átomos; esto es, á menos de fijarse *en un Dios que imprime movimiento á la materia que él mismo ha criado*; hay que tragar el enorme absurdo: *que, debiendo de ser movidos los cuerpos inertes, se hallaron en movimiento sin una causa no inerte que los hubiera movido.*

En vano objetarás que así ha sucedido desde toda eternidad. Esto sería retroceder, prolongar á lo infinito la dificultad sin resolverla, y siempre quedará por explicar: *¿Cómo pudieron hallarse en movimiento sin un primer motor cuerpos y átomos naturalmente inertes?* Por la fuerza del movimiento, podrá responderse, que se despliega y se determina por sí misma. Pero esto es afirmar que el movimiento es su causa propia, ó bien que es un efecto sin causa; es afirmar que el movimiento procede de la ausencia de todo movimiento, ó de la nada.

Pero el movimiento, aunque en sí no sea una sustancia sino un accidente, un estado, una condicion de la sustancia, es algo sin embargo, pues produce fenómenos reales que son algo. Resulta de este doctrina de los atomistas que establecen que la nada es tambien causa del movimiento, que esos grandes ingenios admiten tambien *que de la nada sale algo*. Ahí lo tenemos concediendo á la nada la virtud de criar el movimiento, y aun el mundo de la nada.

Mas no debe causarnos sorpresa tamaña contradiccion, pues á tantas otras nos ha acostumbrado la *razon filosófica*, determinada á agarrarse á todo absurdo, por enorme que sea, para escapar á la verdad. ¿Acaso no acabamos de oír á esta misma *razon filosófica* confesar *que la razon humana nace de la ausencia de toda razon?* Nada es mas sencillo y lógico que oírla exclamar igualmente: *que el movimiento nació de la ausencia de todo movimiento.*

12. Nos dice Brampton que tan fuerte es la objecion que acabamos de formular, que, no hallando medio alguno de resolverla Spinoza, la eludió y la apartó con ese aire de *desahogo* con el cual pasan los ladrones al lado de los alguaciles dispuestos á prenderlos; y que, habiéndole preguntado varias veces sus amigos que respondiese á objecion semejante, nunca consintió en ello el intrépido sofista.

Rolland, como buen protestante, movido de compasion al ver el estado lastimero en que yacia el filósofo judío, vino á ayudarlo: «De qué os inquietais, le dijo, sublime y admirable Spinoza? Afirmad que *el movimiento es una de las calidades esenciales de la materia; que todo átomo, todo cuerpo, tiene en sí mismo, naturalmente, la facultad de moverse como tambien la de ser movido.*» (Carta IV á SERENE.)

Cundió esta idea de Rolland, y, pasando de boca en boca, como el santo ó contraseña de la ronda ó de la escuela atea, llegó á ser desde luego el cánón fundamental de todo el sistema materialista. ¿Acaso no oímos todos los días á nuestros *reformadores*, á nuestros fabricantes de nuevas religiones, darse por *Mesias*, ó *filósofos*; con la misma formalidad con que los niños imitan en sus juegos á los sacerdotes, y á los soldados; acaso no los oímos repetir con una seguridad perfecta, sin sospechar el enorme desbarro que propalan, *que el movimiento es una calidad esencial de la materia?*

Sí, este aserto es sobremanera absurdo. Primeramente una propiedad esencial, es una propiedad tan íntima, tan inherente á la cosa, que no se puede concebir á esta sin esta propiedad. Mas, como lo observa el mismo Bayle (1), el movimiento no entra en las nociones que tenemos de la materia. La idea de cuerpo y de materia nos representa una sustancia extensa, impenetrable, divisible, *movil*, pero *no en movimiento*. Podemos concebir, y efectivamente concebimos á la materia y á todo cuerpo separado de todo movimiento, sin el menor movimiento, y perfectamente en reposo; sin que esto obste á los ojos de la razon, á que la materia sea la materia, ni un

(1) La extension y la dureza cumplen, segun nuestras ideas, toda la naturaleza del átomo. La fuerza de moverse no queda incluida en su esencia, siendo este objeto extraño y extrínseco á lo que concierne al cuerpo y á la extension. (Dict. crit., artic. LECCRO.)

cuerpo deje de ser un cuerpo. Luego el movimiento no es una *propiedad esencial de la materia*.

En segundo lugar, una propiedad esencial se halla tan íntimamente ligada á la cosa, que se la encuentra siempre en esta, en todos sus diferentes estados, mientras conserva su existencia propia, su propia naturaleza y su condicion; y por consiguiente, una propiedad que se concibe y se ve separada de la cosa, sin que esta cese de ser lo que es, es una propiedad que no le es esencial.

¿Y acaso no vemos á la materia y á los cuerpos siempre y por do quier en reposo, á menos que una causa extraña los ponga en movimiento? ¿Acaso no vemos á la materia y á los cuerpos oponer siempre y por do quier á toda fuerza exterior una resistencia igual á la masa que encierran bajo sus volúmenes respectivos? Si el sol atrae y mueve á los planetas; si el aire, el vapor, la electricidad, ponen en movimiento tantos cuerpos; es porque este astro y estos fluidos *han recibido* una virtud que obra sobre otros cuerpos, que no les pertenece en tanto como materia y cuerpos ellos mismos, pues nada de material puede mover objeto alguno, si no ha recibido movimiento. Si el movimiento fuese esencial á la materia debería esta moverse continuamente; ¿Y cómo serian sólidas las masas de mármol y las montañas de granito, si las partes que la componen se hallasen en movimiento perpetuo? Es verdad que se usan, pero es por la accion de las causas exteriores, y no por un movimiento interior.

¿No vemos tambien que todo cuerpo que se halla en movimiento tiende á permanecer en él, á menos que una fuerza exterior venga á impedirlo? ¿No vemos igualmente que este mismo cuerpo en movimiento opone á la fuerza que quiere hacerlo pasar del movimiento al reposo una fuerza igual á la que habia opuesto á la fuerza que queria hacerlo pasar del estado del reposo al del movimiento?

Esta indiferencia de la materia y de todo cuerpo al movimiento y al reposo; esta tendencia á persistir siempre en el estado en que actualmente se encuentra, sea reposo, sea movimiento; esta impotencia de su parte á cambiar de estado, á pasar por sí mismos, del movimiento al reposo, y del reposo al movimiento; y esta regla invariable que siguen, una vez en

movimiento, de describir siempre una línea recta, sin caer en la curva ó circular sino cuando una fuerza exterior les obliga á quitar la tangente; todos estos fenómenos comunes á toda porcion de materia, á todo cuerpo, y designados por una sola palabra la *INERCIA* de los cuerpos, son tan constante que forman la base de todas las leyes de la mecánica y del movimiento.

Esta misma *inercia* de la materia hace que podamos disponer de ella y emplearla en los usos de la vida. El arte de erigir edificios, arreglar las casas, las bibliotecas, los museos, las artes mecánicas, todas las operaciones del hombre en los cuerpos, reposan en esta persuasion universal y constante que resultan de una experiencia no menos constante que universal; *que un cuerpo, en una situacion cualquiera, no se moverá á menos que una fuerza ajena venga á obligarlo á cambiar de lugar*. Luego la hipótesis de la materia teniendo por calidad *esencial* el movimiento, es contraria al testimonio de los sentidos, del sentido íntimo, del sentido comun; al testimonio de la conciencia y experiencia universales; al testimonio de toda evidencia y de toda razon. Y no hay que objetar que: «No conocemos todas las propiedades de la materia, y que por consiguiente puede suceder que, entre estas propiedades que ignoramos, se halle inclusa la del movimiento.» Este sofisma seria análogo al que Voltaire articuló, despues de Locke, para establecer la posibilidad de la materia *pensante*: «No sabemos, dice, si entre las propiedades de la materia que «no conocemos, se halla la de pensar.» El argumento es el mismo, como bien se nota; y consiguientemente merece ser combatido del mismo modo.

Oigamos la respuesta que ha sido dado á los materialistas de la escuela de Voltaire: «No conocemos, en verdad, *todas* las calidades de la materia; pero si conocemos algunas como la *divisibilidad* y la *extension* que le son *esenciales*, y «al mismo tiempo incompatibles, irreconciliables con el *pensamiento*; y esto basta para que tengamos derecho de concluir que es imposible que la materia piense.» De la misma manera se puede decir á los atomistas de la escuela de Rolland y de Spinoza: «No conocemos, es verdad, *todas* las calidades de la materia; pero conocemos una, la *inercia*, que le es

« *esencial*, y que es incompatible, irreconciliable con el *movimiento espontáneo*; y esto basta para que podamos concluir que es imposible que el movimiento espontáneo sea una calidad de la materia; pues sería admitir que un ser *esencialmente* INERTE, y por consiguiente esencialmente *inmovil* por sí mismo, pueda al mismo tiempo ser *esencialmente* MOVEDIZO; lo que es contradictorio, lo que es absurdo. »

Si hay algo que sea cierto, evidente, incontestable, con respeto á la naturaleza de los cuerpos, y absolutamente comun á todos los cuerpos, es su indiferencia al movimiento y al reposo, es su *pasividad*, su *inercia* que les impide *cambiar de lugar* á menos que una fuerza exterior no los empuje y arrastre; fuerza que les impide el moverse en otra dirección que la que les traza, y con la velocidad que les imprime esta misma fuerza que los empuja y arrastra. Luego, no el movimiento, sino la *inercia* es la propiedad *esencial* de los cuerpos, pues nunca los deja, nunca de ellos se separa.

15. Observad bien, hermanos míos, que una calidad *esencial*, es cosa muy diferente de una cantidad *cantitativa*, una calidad *esencial* es una calidad invariable, una calidad *inadmisibile*, inseparable del ser, á menos que quede este desnaturalizado ó destruido. Toda cantidad susceptible de aumento ó de disminucion, de modificaciones ó variaciones, es una calidad *cantitativa* y no esencial del ser. Si el movimiento fuese una calidad *esencial* de los cuerpos, no podrían estos ser despojados de tal propiedad sin ser aniquilados; y deberían moverse siempre con la misma dirección y con la misma velocidad, sin poder encontrar el reposo. Pero cabalmente sucede lo contrario. En efecto, vemos que el movimiento de los cuerpos varia segun la variedad del impulso recibido, y que, segun la cantidad de fuerza y la línea de dirección resultante del impulso, el movimiento es mas lento ó mas rápido, mas duradero ó mas fugaz, mas recto ó mas oblicuo. Vemos que, cesado el impulso, el movimiento, violento en un principio, se amortigua poco á poco y acaba por cesar enteramente; y que todo cuerpo pierde de su propio movimiento una cantidad igual á la que comunica á otro. Así nada hay que sea mas constante, mas variable, mas accidental, mas accesorio que

el movimiento de los cuerpos; y nada mas separable de su naturaleza y esencia. Luego, si se quiere, es una calidad *cantitativa* de los cuerpos; mas no es ni nunca será una de las calidades *esenciales* de estos.

El estado de movimiento no constituye la esencia de la naturaleza material; es un estado extraño, una condicion agregada á la materia, un estado pasajero, una calidad prestada, accidental, accesorio, resultante de una impulsión exterior capaz de superar á la resistencia, á la inercia del cuerpo, y de lanzarlo en una dirección determinada. Sin este impulso, no se concibe ni se ve el cuerpo sino al estado de inmovilidad, en medio de mil vías que le es indiferente seguir. Así como, si se busca, se encuentra, fuera del cuerpo movido la causa de su movimiento, del mismo modo, y argumentado por analogía, que, en la cuestión actual, es de un valor inmenso, es necesario buscar, fuera de todos los cuerpos movidos, la causa de este extraño fenómeno, de esta extraña *accidentalidad* de la materia; es necesario buscar fuera del mundo, la causa del movimiento universal del mundo. Esta causa no puede ser mundana, material, corporal; sino inmaterial, espiritual, inteligente, eterna; y esta causa, fuera del mundo, solo puede ser Dios.

Segun Santo Tomás, el movimiento es al cuerpo lo que el razonamiento es al espíritu. Por el movimiento el cuerpo *discurre* el espacio y pasa del reposo a la agitación; del mismo modo que, por el razonamiento, *discurre* el espíritu lo cognoscible y pasa de lo desconocido á lo conocido. Así el razonamiento es el *discurso* ó el movimiento del espíritu; y el movimiento es, en cierto modo, el razonamiento, el discurso del cuerpo. Pero, como en la análisis de todo razonamiento hay que detenerse en el primer principio, que no se demuestra, que no se razona, y del cual empero emana toda demostración, todo razonamiento; del mismo modo, en la análisis de todo movimiento, hay forzosamente que fijarse en un primer motor, que es la causa, el manantial de todo movimiento, y que no es movido él mismo. Ahora bien, y no nos cansaremos de repetirlo, este primer principio, esta causa primera de todo movimiento, evidentemente y necesariamente es Dios. « Y nada, dice Aristóteles, prueba de un modo mas irrecusable

« la existencia de Dios que el movimiento, y nada puede explicar el movimiento si no se cree en la existencia de Dios. »

14. Acordémonos también, con respeto al movimiento de los cuerpos celestes, que Copérnico quebró los cielos cristalinos y las *esferas* de Ptolomeo; y que Newton borro los *torbellinos* y la *materia sutil*, fluidos etéreos de Descartes. Según la ciencia astronómica moderna, hay inmensos espacios vacíos, completamente libres. El sol se halla en el centro de nuestro mundo, como las estrellas forman el centro de otros mundos. Al rededor del astro que nos alumbra giran los planetas mayores; entorno de estas los menores ó satélites que describen elipses en sus evoluciones. Así el movimiento de los astros no puede ser explicado por materia alguna movil que llene el espacio, pues tal materia no alcanza á descubrir la ciencia moderna. ¿Cuál es pues la causa de estos movimientos? « La *atracción*, la *repulsión*, responden nuestros sabios, *las leyes de la mecánica*. Por la atracción, fuerza *centripeta*; por la repulsión, fuerza *centrifuga*; por las leyes de la mecánica, se hallan los planetas inexorablemente retenidos en su órbita, y obligados á recorrerla con una velocidad siempre uniforme, en un período de tiempo siempre el mismo. » Muy bien. Así no hay miedo que vaya yo á preguntar á los astrónomos *lo que es la atracción y la repulsión*; pues constante que el mismo Newton declaró *que no lo sabia*; y esto hasta para que crea yo que no deben saberlo los demás astrónomos. Así no quiero apurar á tamaños filósofos, no quiero humillarlos, no quiero echarles en cara que admiten, en oposición á sus principios, como causa del movimiento, una calidad de cuerpos cuya naturaleza no conocen. « Es un hecho, dicen, un hecho incontestable, que los cuerpos se atraen ó se repelen mutuamente. » Pues bien, también quiero yo admitir hecho tan misterioso; pues, por mi parte, los misterios de la naturaleza me amedrentan tan poco como los misterios de la religión. Solamente sostengo que la misma atracción, esa *llave maravillosa* como la llaman, supone un artífice que la haya fabricado, y que este artífice no puede menos de ser Dios.

Desde luego tenemos, según la doctrina de ambas estas

fuerzas, que el movimiento de los planetas no es simple, sino compuesto. A lo que parece, dos principios directores obran en estos astros: el de *proyección* que los impele en línea horizontal, en la dirección de la tangente de su órbita; y de *gravedad* que los atrae hácia el centro de su movimiento. Sin ambas estas fuerzas combinadas, los planetas no podrían describir nunca sus órbitas elípticas. Sometidos únicamente á la fuerza de gravedad, se precipitarían en el mismo sol por un movimiento uniformemente acelerado, y serían absorbidos y aniquilados en el astro; al contrario, la sola fuerza de proyección, si aisladamente militase, los haría escapar por la tangente, y los impelería á alejarse infinitamente de su centro por una línea recta, para ir á abismarse no se donde, y desaparecer.

Así pues tenemos dos fuerzas, dos principios, procedentes del mismo origen, poseyendo ambos la misma calidad pretendida esencial á la materia, y ambos manifestando simultáneamente dos tendencias diametralmente opuestas. Es la misma razón del movimiento produciendo á la vez dos movimientos, dos efectos contrarios. Tenemos dos especies de movimientos y tendencias, pero tan bien combinadas entre sí, que solo resulta un movimiento de rotación siempre uniforme, siempre el mismo, que nada ha podido alterar hace sesenta siglos. Ahora bien, si el movimiento simple no es ni puede ser, como hemos visto, *propiedad esencial* de la materia, ¿cómo podrá serlo el movimiento compuesto producido por la atracción y la repulsión, ese movimiento alternativo de las planetas, multiplíce en su juego, muy armónico, perfectamente equilibrado, y, á pesar de su violencia, siempre uno, y siempre constante en sus resultados?

Podriase observar también que si este movimiento compuesto fuese una *calidad esencial* de la materia, debería ser común á todos los cuerpos, pues todos tienen á la materia por base. Todos los cuerpos deberían moverse describiendo elipses, y ninguno permanecer en reposo.

Voy aun mas léjos en las consecuencias de tan extraña hipótesis, y digo que, no pudiendo tener la materia este movimiento compuesto sino en tanto que se halle en todos y en cada uno de los átomos componentes de las diferentes masas

de materia ó los cuerpos; estos átomos deberían tambien moverse al rededor de ciertos otros constantemente en elipses, y nada podría detenerlos en este movimiento que *les sería esencial*; y hétenos aquí con los torbellinos de Descartes, si bien con esta nueva particularidad, que, á fuerza de nadar en continuos torbellinos podrian estos átomos cruzarse, chocar entre sí, rechazarse unos á otros, y estorbarse en sus movimientos reciprocos, resultando un caos espantoso, una confusion indecible: pero nunca podrian detenerse los átomos en sus movimientos y combinarse para dar origen al menor cuerpo. Luego, en la hipótesis del movimiento compuesto como calidad esencial de la materia, la formacion de los cuerpos sería tan difícil de explicar como de comprender.

15. Pero no para aquí: Aun admitiendo la teoría de la atraccion, apurada se veria la ciencia materialista para responder á estas cuestiones:

1º Nuestro sol, por ejemplo, comunica movimiento á la tierra á la distancia de 34,000,000 de leguas; la analogía induce á creer que los otros soles, esto es, las estrellas, se hallan á una distancia equivalente de sus respectivos planetas á los cuales imprimen un movimiento al través la distancia prodigiosa. ¿Qué mano poderosa dotó á los cuerpos celestes de tan descomunal fuerza, capaz de obrar sobre otros cuerpos á tan inmensas distancias?

2º Ello es cierto que la fuerza de atraccion de los cuerpos está en razon directa de su masa, y que, á medida que esta masa aumenta ó disminuye, ejercen un grado mayor ó menor de atraccion. ¿Qué mano atenta y *próvida* mantiene en los cuerpos celestes siempre la misma masa, para que puedan ejercer siempre el mismo grado de fuerza, y producir el mismo movimiento?

3º Opinase que el sol se alimenta de vapores, de cometas, ó de otras sustancias desconocidas, que, en épocas determinadas, atraídas por el astro, caen en su masa, y son consumidas y asimiladas en la masa solar para reparar las pérdidas continuas que experimenta el astro por el calor que emite, y por la fuerza que ejerce en los demás cuerpos esparcidos en el vacío inmenso en cuyo centro se halla. ¿Qué mano sabia é inteligente provee así al sol, siempre en el mismo número,

en el mismo *peso*, y en la misma *medida*, de las materias necesarias á su alimentacion, y mantiene siempre en el mismo grado el fuego en su hogar, así como la misma cantidad de materia en su masa, afin que pueda ejercer, ni mas ni menos, la misma fuerza, difundir el mismo calor, é irradiar la misma luz? ¿Acaso es tal obra de átomos ciegos, que, aglomerándose en torno del astro, se precipitan en él de un modo tan oportuno, con tanta regularidad y simetría, y en tan precisas y admirables proporciones?

En cuanto á las leyes de la mecánica, que nos son de tanto auxilio cuando se trata de explicar los fenómenos de la naturaleza *existente*, de la naturaleza *formada*, nada pueden decirnos, y, con mayor razon, nada pueden explicarnos en lo relativo á la *existencia* y *formacion* de esta misma naturaleza. Así como jamás formáronse las lenguas de las gramáticas y diccionarios, sino, al contrario, por el estudio de las lenguas ya formadas y habladas hace tiempo, fueron formadas las gramáticas y los diccionarios; del mismo modo no fue formado el mundo segun las leyes de la mecánica, sino del mundo criado y arreglado como plugo á su autor, salieron las leyes de la mecánica, esas leyes que son el resultado de los fenómenos del mundo, y de la manera siempre constante y uniforme en que estos se ofrecen. Por medio de estas leyes, podemos explicarnos la manera en que se mueven en el espacio los cuerpos celestes; podemos cerciorarnos, con la mayor precision, del grado de velocidad, fuerza y tiempo de sus movimientos; pero, así como no los dice el mismo Newton, las leyes de la mecánica no nos revelan ni jamás nos revelarán *por qué* fueron tan pródigamente diseminados estos cuerpos, y recibido tal forma; *porqué* fueron colocados en tal paraje del espacio, obligados á seguir tal línea, dotados de tal magnitud y de tal fuerza, arreglados en tal orden (1).

(1) « Perseverabunt quidem in orbibus suis, per leges gravitatis, sed regularem orbium situm primitus acquirere per has leges minime poterunt. » (*Philos. natur. princip., Math., lib. III, Schol. gener.*) Y el mismo Malebranche nos dice: « Los cuerpos organizados no pueden ser producidos « por las solas leyes de la comunicacion de los movimientos, los cuales se « pueden reducir á dos.... Pero bien se ve que estas dos leyes y otras semejantes, no pueden formar una máquina cuyos resortes son infinitos y « cada uno de los cuales posee su uso. » (*Medit., VII, n. 5.*)

Jamás explicarán las leyes de la mecánica como este fluido tan sutil, tan misterioso, tan incomprensible, llamado *lux*, se separó de los demás cuerpos mas espesos, se recogió y concentró en el sol y las estrellas, dejando los planetas en estado de *opacidad* y frialdad, que hace que tan necesarios sean sus vínculos y relaciones con el sol y las estrellas. Jamás las leyes de la mecánica dirán *por qué* Saturno tiene cinco satélites, Júpiter cuatro, mientras que la tierra no tiene mas de uno. Jamás las leyes de la mecánica nos dirán *por qué* los planetas mayores se mueven todos en órbitas concéntricas y en la misma direccion; mientras que los cometas recorren órbitas y direcciones de una excentricidad enorme. En una palabra, las leyes de la mecánica jamás nos dirán como sucede que el mismo principio de movimiento produzca efectos tan diferentes y tan variados.

Lo vuelvo á repetir: la creacion no es efecto de las leyes de la mecánica, sino al contrario, de la misma creacion, efectuada segun las reglas que solo pudo imaginar una inteligencia infinita, que solo supo hacer prevalecer una inteligencia infinita, salieron y fueron fijadas las leyes de la mecánica; del mismo modo que no es la sociedad la que ha fundado las leyes llamadas *naturales*, sino las leyes naturales, precedentemente reveladas, las que formaron la sociedad. Las leyes de la mecánica son las leyes que Dios ha deparado á la materia, cuyo criador es, como las leyes naturales son las reglas que Dios impuso á la sociedad cuyo autor es. Al decir *leyes* se arguye *la expresion de la voluntad de un soberano para servir de regla á su súbdito*. Dueño y señor del mundo físico, así como tambien del mundo moral, la sociedad, Dios ha sido su poder supremo y su supremo legislador. En esta calidad, como el mismo Dios es el autor de las leyes morales que rigen y perfeccionan la inteligencia; es tambien el autor de las leyes físicas que conservan los cuerpos. Estos vínculos entre las leyes de ambos estos dos órdenes de seres son tan reales y tan verdaderos, que cada vez que la *razon filosófica* tuvo la insolencia de desconocer las leyes físicas que dió Dios á la naturaleza corporal, pretendiendo atribuir las á la energía y fuerza de la materia, tuvo igualmente el sacrilegio de negar y atropellar las leyes morales que dió Dios á la naturaleza inteli-

gente, y atribuir las al pensamiento, á la voluntad y aun á los caprichos del hombre. Segun la doctrina de la escuela epicúrea antigua y moderna, el mundo salió, por su propio instinto, del caos de la materia informe, del mismo modo que, por sus propios esfuerzos, salió el hombre del estado de barbarie. La materia es el único autor de las leyes y del orden en el universo, como el hombre es el único autor de las leyes y del orden social. De la teoría del mundo sin Dios, del mundo ateo, cundió asimismo la teoría de la sociedad tambien sin Dios, de la sociedad atea, de la ley *debiendo ser igualmente atea*, como todo lo demás. Ambas estas doctrinas procedieron de la misma escuela, caminaron siempre juntas, y fueron profesadas por los mismos hombres. Aristipo, Leucipo, Demócrito, Epicuro, Lucrecio, entre los antiguos; y todos los falsos filósofos del siglo pasado, como igualmente todos los pretendidos vigorosos ingenios del nuestro, enseñaron, al mismo tiempo, que el mundo es únicamente Dios de sí mismo, y la sociedad única soberana, única legisladora de sí misma; que ninguna accion, ninguna influencia debe ser atribuida á Dios en la formacion del mundo físico, como tampoco ningun poder, ninguna institucion, ninguna ley en el mundo moral; y, si hubiese cabido en sus facultades el causar disturbios en el mundo físico como les fue posible causar estragos en el mundo moral, hace ya tiempo que hubieran sumido el mundo en el caos, como precipitaron la sociedad en la anarquía.

Resulta de todo lo expuesto que es reo convencido de demencia, absurdo é impostura, el atomismo, ó, en otros términos el materialismo; porque es imposible que la materia ó los átomos hayan podido disponer los seres en el orden admirable en que los vemos. Tal es lo que pienso probar en mi última parte.

TERCERA PARTE.

16. El orden es la disposicion, la relacion de varios seres entre sí, y de todos con respeto á un fin. El orden implica

consiguientemente una razon. No hay orden sin razon, dice Santo Tomás : *Omnis ordinatio est rationis*. En consecuencia si hay orden en el mundo, hay una razon que lo establece y conserva. Ahora bien ¿hay orden en el mundo? Basta pasear los ojos para verlo, y no ser idiota para comprenderlo.

En esta inmensa máquina del universo, los seres innumerables que lo componen, todos perfectos en sus géneros, en sus especies, y aun en sus partes menos nobles y mas diminutas; todos diversos en su naturaleza, en sus propiedades, en sus operaciones, se hallan no obstante ligados todos entre sí por admirables relaciones de fines y de medios, de calidades y de fuerzas, de tendencias y movimientos; y estos fines son los mas racionales, y estos medios son los mas propios, y estas calidades son las mas convenientes, y estas fuerzas son las que se hallan mejor armonizadas, y estas tendencias son las mas constantes, y estos movimientos son los mas regulares.

En esta inmensa máquina del universo, una, á pesar de su admirable variedad, cada parte gravita en torno de un mismo centro, y es centro de las demás partes; y, al mismo tiempo, se halla dotada de tales propiedades, colocada en tal paraje, solicitada en tal direccion, movida por tal grado de fuerza, detenida á tal distancia, que pueda servir ventajosamente á la conservacion de las demás partes, y á la armonía del todo.

En esta inmensa máquina del universo, cuyos resortes son tan múltiples, cuyas piezas tan infinitas, todo es grande en su pequeñez, todo guarda orden en su desorden aparente, todo coopera simétricamente á pesar de su individualidad, todo se halla subordinado en su independencia, todo se liga como los efectos á las causas, las consecuencias á los principios, el fin al principio. Los seres mas ignobles se hallan unidos por vínculos latentes á los mas nobles, los menores á los mayores, los mas imperfectos á los mas perfectos, los inferiores á los superiores, los cuerpos á las almas, la materia al espíritu, la vegetacion á la produccion, la generacion al nacimiento, la nutricion á la conservacion, el movimiento á la accion y á la vida.

Por gradaciones, por escala imperceptible todo desciende á lo pequeño, todo remonta de lo pequeño á lo grande; cada

ser posee su destinación especial y los medios de alcanzarla, nada existe sin su causa y efecto. Lo que nada agrega á la variedad, sirve al número; lo que no tiene virtud como preservativo, la tiene como remedio; lo que no coopera á lo útil, coopera á la belleza. Nada es excéntrico, nada sale del orden universal; al contrario á este mismo orden todo se refiere, todo de él depende, todo le sirve, todo lo cumple, todo le añade ó recibe de él algo. Todo tiene una razon para ser lo que es, para operar como opera, hallarse en tal punto del espacio, existir en tal período de tiempo. Todo se encadena para formar una unidad múltiple, una unidad *una*, un conjunto compacto, un todo completo, sublime, magnífico, perfecto.

Esta infinidad de relaciones que asombra y fija el pensar, no produce la menor confusion ó desorden. Nada altera los límites que dividen las naturalezas y conservan la multiplicidad de las partes, sin que sus diferencias destruyan la unidad, sin que esta borre las diferencias. Todo guarda sus calidades y sus fuerzas, todo guarda sus proporciones con los fines infinitos, subalternos, que lo encadenan con el fin *uno* y universal del conjunto.

Ahora bien, para un espíritu que tales cosas contempla, ¿no es evidente que todo eso es la obra de un supremo artífice, á quien bastó una mirada para abrazar el plan, prever todos los fenómenos, y arreglar y fijar de antemano el tiempo, el modo, el grado de expansion en que debian producirse; de un supremo artífice que calculó las consecuencias de todos los efectos, los efectos de todas las fuerzas, las fuerzas de todas las naturalezas, las naturalezas de todos los seres, los seres de todo el conjunto, y el conjunto de toda su obra? ¿No es evidente que este gran artífice que puso de acuerdo y arregló tantas partes tan grandes y tan mínimas, tan múltiples y tan varias, por relaciones tan diferentes, por afinidades tan maravillosas, no pudo menos de ser un agente libre, infinitamente poderoso, infinitamente sabio, que escogió, entre una infinidad de medios, los mas aptos al grado de manifestacion que le plugo dar á sus atributos, y que, habiéndolo hecho todo con este fin, coordinó todos los medios, y armonizó entre sí las partes? ¿No es evidente que este arti-

fice soberanamente inteligente es Dios que realizó de antemano todo lo que en lo sucesivo nos reveló por estas profundas palabras: que todo lo hizo con peso, número y medida; que todo lo hizo en su sabiduría infinita? *Omnia, in numero, et pondere et mensura, disposuisti; omnia in sapientia fecisti.* (Sap., xi, Psal. ciii.)

¡Ah! no lo vemos en su persona, en su esencia, este artífice supremo; pero no es menos cierto, menos sensible que existe (1), que es todopoderoso, y que él solo, según la expresión magnífica de Bossuet, « hizo su obra. »

Contemplad aun con una rápida ojeada nuestro sistema solar; y en la magnitud proporcional y distancia de los cuerpos que lo forman, vereis las huellas mas patentes de una profunda sabiduría, de una razón superior á toda razón y á toda ciencia.

El sol y la tierra, por ejemplo, se hallan colocados en el punto cabalmente de distancia en que puede sernos útil el astro del día. Si estuviese mas cerca algunas leguas mas de la tierra, el sol evaporaría todos los líquidos, derritiría todos los metales, quemaría todas las plantas, acabaría con todos los hombres y todos los animales. Asimismo, si se hallase algunas leguas mas lejos de nuestro globo, se helarian los mares, cesarian los vientos, caerian las nubes en forma de masas glaciales sobre la tierra; y, cubierto de hielo, duro como una piedra, sin facultad alguna para la vegetación, vería nuestra planeta perecer todo lo que abrigaba su seno, por falta de calor y de humedad.

Imaginaos que, quedando la misma la distancia de la tierra al sol, fuese este astro mayor ó menor de lo que es actualmente. En el primer caso sería insoportable el calor, en el segundo el frío; y todo perecería en nuestro globo por uno ú otro exceso.

(1) Así Dios es, dice Balbo en su lenguaje sencillo en los escritos de Ciceron, el autor del universo. Y no hay que objetar que las causas naturales las vemos, mientras que no vemos á Dios; pues yo responderé que si veis una casa grande y hermosa, no ireis á argüir, de que no veis al arquitecto ni el dueño, que fue edificada la casa por las ratas y las garduñas. *Est igitur Deus. An vero, si domum magnam pulchramque videris, non possis adduci ut, etiamsi dominum non videas, muribus illam et mustelis edificatam putes.* (De Nat. Deor.?)

¿Y á quién puede ocurrírsele, ni por sueño, que átomos ciegos hayan dado al sol un tamaño ni mayor ni menor, y una distancia tal cual ventajosamente conviene á nuestra tierra? ¿Podeis admitir, podeis comprender que átomos estúpidos hayan podido poseer una sabiduría suficiente para armonizar de tan admirable manera las masas y las distancias, y bastante imperio sobre su obra para mantener estas mismas masas á puntos de tal precision que hace seis mil años hayan podido impedir la menor desviación que hubiera detenido todo el sistema, destruido todo lo que en la tierra se agita y vuelto á establecer el caos?

Lo mismo sucede con los demás cuerpos celestes, con esos innumerables soles llamados *estrellas*, y con los planetas que en torno de ellos gravitan.

Y pregunto yo ahora, este maravilloso acuerdo, esas proporciones tan justas, tan precisas, de las grandezas y las distancias; del tiempo periódico de las revoluciones de estos cuerpos, de los puntos del espacio que ocupan, de su movimiento, y aun mas de sus relaciones recíprocas, el órden, en una palabra, ¿no nos anunciará del modo mas elocuente, como dice el profeta, que el universo y los cielos en particular son la obra de la mano omnipotente de Dios, su gran libro abierto á todos los ojos, en que podemos leer la *infinitud* de la sabiduría, de la gloria y majestad de Dios? *Cæli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum.* (Psal. xviii.) Tambien nos dice San Pablo que las cosas visibles nos descubren los atributos de un Dios invisible; que por las obras de Dios, puede comprender nuestra inteligencia lo que es Dios. *Invisibilia Dei per ea que facta sunt intellecta conspiciuntur;* y que los antiguos filósofos, — y con mayor razón los filósofos modernos al cegarse voluntariamente en presencia de la luz del cristianismo, — que los filósofos antiguos no tenían excusa alguna en su pecado, al no haber creído en un Dios criador que, de un modo tan manifiesto, se habia revelado en sus obras: *Quod notum est Dei manifestum est hominibus. Deus enim illis manifestavit: ut sint inexcusabiles.* (Rom., i.)

17. Pero, oprimida, postrada por semejantes argumentos, no queriendo confesarse vencido, la razón filosófica de los